B Dup.

LIMA.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA
HISPANO-LUSITANA.

ROMPER CADENAS.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

MADRID.
ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR.
Calle del Colmillo, núm. 8.

1872.

ROMPER CADENAS.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS BLANC,

Estrenado en el teatro de Novedades con el éxito más brillante y entusiasta en la noche del 14 de Enero de 1873.

Amigo, el conocimiento
del Fausto moreno y Otaz

COMPRA Y VENTA
DE
COMEDIAS
CE DE S.n MARTIN 2 MADRID

MADRID.
IMPRENTA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Colmillo, número 8.

1873.

ROMPER CADENAS.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS BLANC,

Estrenado en el teatro de Novedades con el éxito más brillante y entusiasta en la noche del 14 de Enero de 1873.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
TORRAS

N.º de la procedencia
575

MADRID.
IMPRENTA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Colmillo, número 8.

1873.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/rompercadenasdra02blan

A LA JUNTA DIRECTIVA

DE LA

SOCIEDAD ABOLICIONISTA ESPAÑOLA.

A la redencion del esclavo en nuestras Antillas, como al triunfo de la justicia en todas partes, cada cual debe contribuir en la medida de sus fuerzas; el orador con su palabra, el poeta con su inspiracion, el hombre de Estado con sus actos, el de ciencia con su doctrina, la mujer con sus sentimientos, el guerrero con sus armas, y yo, que no soy nada de esto, he creido que debia contribuir con la presente obra, que si por mia es mala, por el móvil que la inspira y por el fin á que se dirige puede ser considerada como una pobre, pero piadosa ofrenda, á la santa causa de la abolicion de la esclavitud.

En este sentido se la dedica á la Sociedad Abolicionista española su atento

Q. B. S. M.

Luis Blanc.

720747

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA PIA.....	*Sra. Rodriguez.*
JUANA (negra).....	*Sra. Marquez.*
LOLA.....	*Srta. Montijano.*
ADELA.....	*Sra. Hormigo.*
ROBERTO (capitan negrero).	*Sr. Montijano.*
PEDRO (negro).....	*Sr. Albalat.*
ALFREDO.....	*Sr. Castillo.*
DON TOMAS.....	*Sr. Leon.*
JUSTO (mayoral).....	*Sr. Ruiz.*
MIGUEL.....	*Sr. Recio.*
SEBASTIAN.....	*Sr. Sanchez.*
UN MARINERO.....	*Sr. Montijano (J.)*
UN CUBANO.....	*Sr. Fornosa.*

Negros de ambos sexos, pueblo y marineros.

La accion en Cuba en nuestros dias.

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni los países con quienes haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería del Sr. de Lima, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Tiene hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Piso bajo. Sala amueblada con elegancia. Rompimiento al foro de tres arcos que salen á una balaustrada, de la cual parte escalera á derecha é izquierda que conduce al cafetal, en el que se ve trabajar á los negros, iluminados por el sol.

ESCENA PRIMERA.

LOLA, *recostada en un mecedor, rodeada de negras haciéndola aire con abanicos.*

(*Se oye el canto de los negros en el cafetal.*)

Desde que el dia
la luz nos da,
trabaja el negro
sin descansar.
Y si la vista
intenta alzar
crúzale el látigo
del mayoral.
Para el negrito
hoy no hay piedad:
esclavo, esclavo,
puedes llorar
hasta que España
con libertad
remedio ponga
á nuestro mal.

LOLA. Idos, que no necesito
de vuestros servicios ya.
El canto de estos idiotas
no me hará feliz jamás;
se quejan por que trabajan,
y la queja es sin igual.
¿Para qué ha nacido el negro
si no es para trabajar?
En cambio yo me levanto
cuando el sol está á mitad
de su carrera, me peino,
bajo un rato al cafetal,
despues me siento al piano,
sus teclas hago sonar,
tomo un libro, lo abandono,
con el bordado hago igual.
Me cansa mirar al campo,
me entristece ver el mar,
en el mecedor, mis negras
me columpian con afan;
quiero dormir y no puedo,
me disgusta pasear,
y ni en teatro ó tertulia
hallo remedio á mi mal,
al hastío que me abruma
por no saber trabajar
y los esclavos se quejan
cuando es su felicidad.
Al fin me duermo, ¡qué dicha
si tardase en despertar! (*Se duerme*).

ESCENA II.

Dicha, PEDRO *y luego* JUANA, *apareciendo por diferentes laterales.*

PEDRO. La niña duerme, ¡silencio!
tanto como ha trabajado,
sin duda la ha fatigado;
pobrecita, se durmió.
JUANA. ¿Pedro, estás solo?
PEDRO. Solito.
JUANA. ¿Y la niña? ¡Qué estoy viendo!
PEDRO. No hagas caso, está durmiendo,

Solo estoy despierto yo.
Qué fortuna tienen, Juana,
todos los que viven ricos,
pues hallan, grandes ó chicos
el descanso natural.
En tanto los pobres negros
noche y dia trabajando
constantemente mirando
á su lado al mayoral.

JUANA. ¿Y nos llaman holgazanes?

PEDRO. Si ellos cual nosotros fueran,
y cual nosotros vivieran
en tan triste condicion;
si para otros trabajaran
sin entrever en la vida
ni la libertad querida,
ni una humilde posicion;
si ellos, cual nosotros, Juana,
se vieran desheredados
de los derechos sagrados
que adquirimos al nacer,
y supieran que el trabajo
para el negro es infecundo
porque le ha negado el mundo
la condicion de otro ser;
si supiera, Juana, el blanco,
que al trabajar noche y dia
nunca, jamás llegaria
una esperanza á abrigar
de tener familia, pátria,
el nombre de ciudadano,
una esposa, hijos ó hermano,
ni una choza ni un hogar;
entonces, los blancos, Juana,
ódio al trabajo tendrían,
y la holganza anhelarian
como hoy riqueza adquirir
á costa del pobre negro
que de holgazan le motejan,
y á quien ni exhalar le dejan
el suspiro del sufrir.

JUANA. ¡Si creen que no sentimos,
y que nuestros corazones
no abrigan dulces pasiones
ni laten para querer!

y ellos con su tiranía
negándonos su cariño,
al negro ya desde niño
le enseñan á aborrecer.

PEDRO. ¿Cuándo lucirá el gran dia,
Juana, que libres seamos
y en el dueño no veamos
al iracundo señor?
¿En el amo contemplemos
á aquel que el trabajo paga,
y que al negro satisfaga
lo que á otro trabajador?

JUANA. Cuando exista en cada casa
como D. Alfredo un niño.

PEDRO. Es manantial de cariño.

JUANA. Es fuente de caridad,
no se parece á su hermana.

PEDRO. Cuida, Juana, no hables fuerte
y con tu voz se despierte,
que esa no tiene piedad.

JUANA. Así ni blanco ó criollo
la querrán para casarse.

PEDRO. Mas les valiera colgarse
de un árbol ó de un farol.

JUANA. No tiene entraña.

PEDRO. Es un tigre.

JUANA. Odia al negro.

PEDRO. Y á su hermano.

JUANA. Porque es corazon humano.

PEDRO. Porque es un buen español;
yo por él mi vida diera.

JUANA. ¡Qué bueno y qué compasivo,
y ademas caritativo!

PEDRO. Y no puede ver pegar.

JUANA. Mientras tanto esa no goza
si no pegan al negrito,

PEDRO. Vámonos, Juana, quedito,
porque se va á despertar.

ESCENA III.

LOLA *y* DON TOMÁS *(entrando por el foro).*

TOMÁS. ¿Duermes, mi querida Lola?

LOLA. No tanto como quisiera

para que el tiempo corriera
cual por pendiente una bola.
¿Hoy hará mucho calor
abajo en el cafetal?

TOMÁS. Se funde cualquier metal,
el sol es abrasador.

LOLA. No salga usted ya de casa,

TOMÁS. El deber me llama abajo;
bueno andaria el trabajo,
¿no sabes tú lo que pasa?

LOLA. Que cuiden los mayorales.

TOMÁS. No son bastante, hija mia,
para esa holgazanería
de los esclavos bozales.

LOLA. El látigo, los castigos,
á ese mal remedio tomen.

TOMÁS. ¡Lástima de lo que comen!

LOLA. Son de su amo enemigos.

TOMÁS. Hace poco una reyerta
en otro ingenio han armado;
un negro fué asesinado
y una esclava quedó muerta.

ESCENA IV.

DICHOS, PEDRO, MAYORAL.

PEDRO. Quiere entrar el Mayoral. *(Desde el foro.)*

TOMÁS. Que pase, que llega á tiempo.

MAY. Señor, creo sabrá usted *(Entrando.)*
el grave acontecimiento
que en el ingenio vecino...

TOMÁS. Lo sé todo, y ya comprendo
á qué vienes; si hay alguno
que tiene el atrevimiento
tan solo de hablar del caso
ocurrido en ese ingenio,
si el látigo no te basta,
acude á todos los medios;
antes que yo una voz sienta
ver cien cadáveres quiero;
los esclavos, son esclavos,
para eso han nacido negros.

MAY. Está muy bien.

LOLA. Mayoral,

no olvide que son perversos,
ni deje usted se repita
el cantar de hace un momento.
Duro, Mayoral, muy duro,
que al fin y al cabo son negros.
Papá, tened buen cuidado
no destruya nuestro intento
vuestro muy querido hijo
mi señor hermano Alfredo,
el de los nobles instintos,
el hidalgo caballero,
el amante trovador
de la rica hija del pueblo.

ESCENA V.

DICHOS, ALFREDO, *apareciendo foro*, PEDRO *y despues* ROBERTO.

ALF. ¡Cielos! *(Con ira dirigiéndose á Lola.)*
LOLA. ¡Ah!
ALF. ¿Qué, te asustaste? *(Con ironía.)*
LOLA. Como subiste corriendo...
PEDRO. Señó, un capitan de buque *(Desde foro.)*
al punto desea verlo.
TOMÁS. Díle que pase.
PEDRO. Está bien. *(Se retira.)*
ALF. Algun capitan *negrero.*
ROB. Dios les guarde. *(A Tomás, entrando foro.)*
TOMÁS. ¡Capitan!
ROB. A los pies de usted, señora.
(Lola contesta con la accion.)
TOMÁS. ¿Su arribo es sin novedad?
ROB. Mar tranquila y viento en popa.
TOMÁS. Podeis hablar, son mis hijos;
(Señalando á Lola y Alfredo.)
¿salió bien la maniobra?
ROB. En puerto seguro se hallan,
sin temor á una encerrona,
seiscientos de buena edad,
con fuerza á prueba de bomba,
con noventa y dos chiquitos
mas redondos que las bolas;
ved los precios, aquí están,
(Entregando un papel á Don Tomás.)

por supuesto, para toda
la partida.

TOM. Lo comprendo.
(Don Tomás lee para sí.)

ALF. (¡Qué ignominia!)

ROB. *(Reparando en Lola.)*
(¡Ah! qué hermosa.)

LOLA. (Es gallardo el capitan.)

ROB. (Lindísima es la criolla.)

ALF. (Me marcho para no oir
negociacion tan honrosa.)
(Vase izquierda actor.)

ROB. (No he visto nada mas bello
de uno á otro confin de Europa.)

LOLA. (Me mira, y me place verle.)

TOMÁS. Estoy conforme. *(Terminando de leer.)*

ROB. En buen hora.

TOMÁS. Pero como en este asunto
se interesa otra persona,
con su permiso, me marcho
cuenta á darle de esta nota;
vuelvo al instante, al momento.
Dispense usted media hora,
esperándome aquí mismo
en compañía de Lola.

ROB. Con mucho gusto (de fijo
que vendrá en locomotora).
(A Lola tomando una silla.)
Con su permiso.

LOLA. Le tiene.

ROB. Hace un calor que sofoca. *(Sentándose.)*

LOLA. En el mar se siente menos
con su brisa halagadora.

ROB. Pero no se ven allí
sirenas encantadoras.

LOLA. ¿No habreis bajado á su fondo?

ROB. Tambien soy buzo, señora,
y jamás encontré perlas
cual las encierra esa boca.

LOLA. Es galante el capitan
y delicada su broma.

ROB. Es una verdad que en Asia,
América, China, Europa,
jamás contemplé dos faros
que iluminasen las costas

como esos árabes ojos,
negros cual negra es la mora,
que al radiar en sus pupilas
calcinan cuanto ellos doran,
y á cuyo calor se funden
los corazones de roca.

LOLA. ¿Muy blanda será la peña?

ROB. De granito fué hasta ahora.

LOLA. Y el marino impresionable,
por cierto, de poca cosa.

ROB. No, pardiez, porque jamás
sentí como siento ahora.

LOLA. ¡Capitan!

ROB. Por Dios, oidme.

LOLA. Siga el cuento como broma;
siempre la gente de mar
fué galante y decidora.
¿Cómo ha de ser tan sensible
quien lucha contra las olas?

ROB. Y hoy no puede contener
los suspiros que le ahogan.

LOLA. Increible.

ROB. Pues es cierto.

LOLA. ¡Capitan!

ROB. Oidme, Lola.

LOLA. (Este hombre me ha inspirado
lo que no sentí hasta ahora.)

ROB. (Yo la adoro.)

LOLA. ¿Vá á ser cuento?

ROB. No, señora, que es historia.
Cruzando voy esos mares
entre las saladas olas,
y cuando fiero huracan
nos detiene por la proa,
de los palos hace astillas
y nos arranca la lona,
teniendo que atar al hombre
que en cubierto maniobra,
tranquilo que amanse el viento
espero sobre la popa
impasible contemplando
al vendaval y á las olas.
Despues veo el firmamento
cubrirse de negras sombras,
del trueno el fragor escucho,

las olas al buque azotan,
y de babor á estribor
cruzan gigantes, furiosas,
se llevan hombres y efectos,
tras sí arrastran cuanto mojan;
rayos y centellas llueven;
hasta el palo mayor tronchan,
tórnase el buque en hoguera,
la gente blasfema y ora,
y yo, impasible en el puente
con un tabaco en la boca,
contemplo cómo las llamas
nuestra embarcacion devoran
y ni atiendo al que blasfema
ni me cuido del que ora.

LOLA. Duro corazon teneis.

ROB. De granito fué, de roca.
(Mirándola con entusiasmo.)
Más tarde veo, al contrario,
cercarnos con anchas bocas
de los cañones que esparcen
la metralla asoladora.
Mando ordenar el combate,
y corren de popa á proa
los mios con ardimiento,
mientras yo, en tan grata hora,
con el hacha en una mano
y con la faca en la otra,
doy la señal de abordaje,
nuestro buque al otro toca,
y entre el ¡ay! del que allí espira
y el grito de aquel que implora,
gozo y me entusiasma ver
esta escena aterradora,
doquier la muerte sembrando
con la sonrisa en la boca,
frenético al contemplar
enrojecerse las olas.

LOLA. Teneis corazon de acero.

ROB. De granito fué hasta ahora.

LOLA. (El relato de este hombre
me entusiasma, y me enamora.)

ROB. Pues siendo ayer insensible
comprender es fácil, Lola,
lo que usted le habrá inspirado

cuando tanto siente ahora.

LOLA. Galante es el capitan,
y la relacion preciosa.

ROB. En ella habrá comprendido...

LOLA. Que sois fuerte ante las olas.

ROB. Y que aquel que no sintió
y que tanto siente ahora...

LOLA. Capitan, ved que no siempre
se navega viento en popa.

ROB. ¡Tal vez alguna tormenta!!...
(Marcando con la accion que alguien viene.)

LOLA. ¡Oh! silencio.

ROB. Os amo, Lola.
(Precipitadamente y con recato.)

ESCENA VI.

LOLA, ROBERTO, ALFREDO.

(Saliendo derecha actor, último término, con mucha gravedad y sin avanzar.

ALF. Capitan, mi padre ha vuelto
y en su despacho os espera.

ROB. Voy al momento.

ALF. (Este hombre
se parece á Ignacio Guerra.)

ROB. (Yo conozco ese semblante.)
(Adelantándose al proscenio.)

ALF. Dispensadme que me atreva
á preguntar si en España,
en aquella hidalga tierra,
tiene usted familia.

ROB. No; *(Con indiferencia.)*
y años há que salí de ella.

ALF. Os pareceis tanto á un hombre,
que por hermano os tuviera.

ROB. Nunca el fraternal amor
á calmar llegó mis penas.

LOLA. No lo sintais, porque á veces.....

ALF. (Ya abrió su boca la hiena.)

ROB. (Estos dos, por lo que veo
no se aman como debieran.)

LOLA. (Cómo le mira mi hermano.)

ALF. (Yo he visto á este hombre. Él es, Guerra.)
(Acentuando el nombre al oir á Lola.)
LOLA. ¿En qué estas pensando, Alfredo?
ROB. (Maldita sea mi estrella;
sé quien es.)
ALF. En el despacho
(Con seriedad é indicándole la puerta.)
Capitan, mi padre espera.
ROB. Lolita, á los piés de usted.
LOLA. Beso su mano.
ALF. Esa puerta
(Con mayor gravedad.)
dará á usted paso al despacho,
donde mi padre le espera.
(Dándole la mano y despreciándola Alfredo con el mayor disimulo.)
ROB. Soy su amigo.
ALF. Servidor.
LOLA. (Entre ellos algo se encierra.)
(Al desaparecer Roberto por la derecha actor, desaparece Lola por la izquierda y Alfredo despues de un momento de pausa esclama).

ESCENA VII.

ALFREDO.

No hay duda, él es, ese hombre
se llamaba Ignacio Guerra,
y al pisar aquesta tierra,
háse cambiado de nombre.
Aquí es capitan negrero,
allí de honras ladron,
en todas partes baldon
del hidalgo pueblo ibero.
Acaso con su osadía
pretenda el amor de Lola;
con sola esta idea, sola,
en mil pedazos lo haria.
Recuerdo á niña inocente
que allá en mi querida España
un miserable la engaña
y la engaña torpemente.
Pide ella reparacion
por medio de sus amigos,

y nombrados los testigos,
huye Guerra, cual ladron.
Difamador de mujeres
con la accion y con la lengua,
de caballeros es mengua
que viva entre honrados séres.
Le encuentro aquí, feliz caso,
gracias por él doy al cielo,
y yo haré que en este suelo
su dicha toque á su ocaso.
Pedro..... (*Llamando.*)

ESCENA VIII.

ALFREDO, PEDRO. *(Entrando con prontitud.)*

PED. Señó.
ALF. Ven aquí;
á ese Capitan negrero
¿le conoces?
PED. Sí, señor.
ALF. ¿Le conoces?
PED. Ya lo creo.
ALF. ¿Cuánto hace que está en la Isla?
PED. Sobre tres años y medio;
le ví por primera vez
azotando á varios negros;
se me quedó tan presente,
que aquí, señó, aquí lo tengo.
Despues ha hecho varios viajes
á cazar en los desiertos
á los pobres que han nacido
de este color y este pelo.
¿Sabe usted cómo los cazan?
ALF. Mejor fuera no saberlo.
PED. En sus chozas los sorprenden
como á lobos cancerveros,
les acosan cuando huyen,
les echan lazos al cuello,
á los hombres y mujeres,
á los niños y á los viejos
á las cuevas los conducen
de los faluchos negreros.
ALF. ¡Ah! no prosigas.
PED. Señó.

el relato es verdadero.
Allí cual bestias dañinas,
revueltos como los cerdos,
completamente hacinados,
con el trato más perverso,
esperan los infelices
su muerte á cada momento,
despues...

ALF. Calla, Pedro, calla.

PEDRO. Perdonadme, que no puedo.
Cuando el buque es perseguido
de cerca por un crucero,
para aligerar la carga
de la cueva, quitan peso
arrojando como lastre
por centenares, los negros,
que entre el ¡ay! de su agonía
y el blasfemar del negrero,
se pierden entre las olas
de aquel vasto cementerio.

ALF. ¡Dios mio, por qué consientes!...

PEDRO. Y el enemigo más fiero
de la gente de mi raza,
es el capitan negrero,
el infame...

ALF. Le conozco
por villano hace ya tiempo.
Síguele, Pedro, doquiera,
saber sus pasos intento,
y en cuanto entre en esta casa
dame aviso en el momento.

PEDRO. Si es necesario, señó,
á su infamia pondré freno;
tiene una cara muy mala.

ALF. Pues son peores sus hechos;
conque, Pedro, en tí confío.

PEDRO. Descuide, sí, don Alfredo.
(Sale foro derecha actor.)

ESCENA IX.

ALFREDO, ADELA.

ALF. Adela se acerca.
ADELA. ¡Alfredo!
(Apareciendo izquierda actor último término y con cariñoso acento.)
Hoy la suerte me es propicia
para hablarte sin testigos,
que lo ansío hace dos dias.
ALF. ¿Alguna nueva?
ADELA. No es grave:
una pregunta sencilla
que solo á tí puedo hacer.
ALF. Y que será respondida.
ADELA. ¿Cuándo el cafetal dejamos?
ALF. ¿Te cansa ya la campiña?
ADELA. ¿Cuándo vamos á la Habana? *(Con insistencia.)*
ALF. ¿A saberlo qué te obliga?
ADELA. ¿Quieres contestarme?
ALF. Sí;
se halla pronta la partida,
tal vez mañana ó pasado,
pues que á mi padre precisa
por sus negocios volver
á la ciudad, tú lo ansías.
ADELA. Aunque te parezca extraño,
tendré en ello una alegria,
por lo cual, satisfaccion
voy á darte muy cumplida.
ALF. Te escucho con estrañeza,
por que, inocente, creia
que á mi lado muy felices
se deslizaban tus dias.
ADELA. Sabes que desde la infancia
Lola y yo somos amigas;
compañeras de colegio
nos unieron simpatías,
que más tarde conservamos
cuando ya no fuimos niñas:
en perfectas relaciones
seguian nuestras familias
cuando tú, que desde niño
con tu amor me distinguias,

á estudiar á España fuiste,
jurando en la despedida
ser consecuente á la fé
conque formaste mi dicha.
Mientras tú has vivido lejos,
Lola, como buena amiga,
me ha considerado hermana
cual antaño siendo niñas.
Todos los años como este,
tu madre á la madre mia
le ha pedido su permiso
para estar yo aquí unos dias.
Volviste tú, y en mi pecho
encontraste la fe viva,
flor hermosa que se ostenta
con toda su lozanía,
que al calor de tu recuerdo
creció labrando mi dicha,
y que aquí existirá, Alfredo,
(Señalando al corazon.)
lo juro, mientras yo viva.

ALF. Adela, mi luz, mi ser,
yo tambien mientras exista
juro conservarme digno
de esa flor, planta nacida
para labrar mi ventura,
para conservar mi vida;
porque su aroma es mi cielo,
su esencia me vivifica,
y al contemplarla mi alma
se enagena y extasía.

ADELA. Pues bien, sin duda tu hermana
al ver nuestra pasion viva,
como yo descendí á pobre
en tanto fué ella más rica,
se olvida con gran frecuencia
de nuestra amistad antigua,
y demuestra su desvío
con muy poca cortesía.

ALF. ¡Vive el cielo! ¿Te ha faltado?
¿lo sabe la madre mia?

ADELA. No, y hasta te exijo y espero
que nadie más se aperciba,
pues al hacerte saber
que mi dignidad fué herida,

es por prevenirte, Alfredo,
contra cualquier ruin intriga
que Lola abrigar pudiera
contra lo que hace mi dicha.

ALF. No temas, Adela, no,
porque tu amor es mi vida,
mi esperanza, mi ilusion,
y sin el, ¡pobre alma mia!
la tierra fuera un desierto,
el porvenir una sima,
y las olas ancha tumba
que mi cuerpo encerraría.

ADELA. Yo correspondo á tu amor
que constituye mi dicha,
y juro por lo más santo
que tu imágen, aquí viva,
en el mundo no hay bastante
poder para destruirla.

ALF. Alguien viene.

ADELA. Tuya siempre.

(Adela desapareciendo rápida por donde salió.)

ALF. Siempre tuyo, Adela mia.

ESCENA X.

ALFREDO *y* LOLA *entrando despacio y mirando en derredor.*

ALF. Solos nos hallamos.

LOLA. (*Indiferente.*) Sí.

ALF. Y por cierto, que me alegro.
(Lo mismo que trata al negro
quiere tratarme esta á mí.)
Cuando á ese arco llegué
al hablar tu con mi padre,
por más que á tí no te cuadre,
lo que hablabas escuché.

LOLA. Nada hablamos reservado.

ALF. Pude oir tu injuria necia,
y aunque el hombre te desprecia,
el hermano se ha indignado.
Desde que volví de España
veo en tí ruines intentos
y torcidos sentimientos
que revelan mala entraña.

LOLA. ¿Quién el permiso te dió

para venir á juzgarme?

ALF. ¿Y á tí quién para insultarme
á mí y á lo que amo yo?

LOLA. Tu obrar, que no es de mi agrado.

ALF. Pues el tuyo á mí me asusta.

LOLA. Si es que tanto te disgusta,
bastante habremos hablado.

ALF. No, pardiez, que me de decirte
lo que no puedo callar.

LOLA. Si así intentas continuar
me marcharé por no oirte.

ALF. No es estraño que no quiera
un corazon inhumano
escuchar de un buen hermano
lo que olvidar no debiera.
El mal trato que hoy le das
á la gente de color;
ese estremado rigor...

LOLA. Te cansas, y es por demás;
tu cabeza desvaría,
y con criterio hasta escaso
no dás un seguro paso;
es nécia tu teoría.
(Doña Pia aparece foro y despues va descendiendo hácia sus hijos).

ALF. Y la tuya es inhumana.

LOLA. Eres un buen ciudadano...

ALF. Pero siento ser tu hermano.

LOLA. Y yo siento ser tu hermana.

ESCENA XI.

DICHOS *y* DOÑA PIA.—*(Llegando á ellos, sorprendiéndolos y colocándose en medio).*

PIA. ¡¡Qué es lo que escuché!!

LOLA. ¡Oh!

ALF. ¡Cielos!

PIA. ¡Lo que oir jamás quisiera!
¡Bien, Alfredo! ¡Muy bien, Lola!
Vuestra armonía es perfecta;
revela entre los hermanos
una gran inteligencia.
No os enseñó vuestra madre
á recorrer tal esfera.

LOLA. Él me faltó.
ALF. Y ella falta
al deber de su conciencia.
LOLA. El la casa perderia
con sus fatales ideas.
PIA. Y los dos me estais matando
al presenciar esta escena.
Escúchame, Alfredo, escucha,
escúchame, Lola, atenta,
porque de las madres siempre
las palabras son sinceras.
Todos una gran mision
tenemos sobre la tierra,
mision que ha dejado escrita
Aquel que murió en la afrenta
clavado sobre un madero
por redimir culpa agena,
y que á sus mismos verdugos
perdonó con su clemencia.
El, una hermosa doctrina
nos legó, sí, una lumbrera
que el camino de la vida
nos ilumina y enseña.
Amaos unos á otros,
repitió en su hora postrera;
y yo repito á mis hijos,
no olvideis aquella idea,
aquella hermosa doctrina
que tanto bien en sí encierra,
pues el que no la practica
y no escucha su conciencia,
y en vez de hacer bien á todos
al mal se inclina y entrega,
es planta en el mundo estéril,
sin color y sin esencia,
que la troncha el huracan
y el Simoun se la lleva
á arrastrarla en el desierto
sobre la candente arena.

ESCENA XII.

DICHOS, JUSTO *y* JUANA, *negra que sube precipitadamente por la escalinata del cafetal, entrando en la escena con un niño de cinco años, al que guarda del látigo del mayoral que la sigue y lo hace crugir sobre ella. El mayoral se detiene en el arco.*

JUANA. ¡Socorro! ¡Socorro!
MAY. ¡Alto!
ALF. *y* PIA. ¡Ah! *(Movimiento de sorpresa.)*
ALF. Detente.
PIA. Atrás.
ALF. *(Avanzando.)* Canalla,
¡vive Dios! Quien así obra...
MAY. Vuestro padre me lo manda.
(Desde el arco sin avanzar mas.)
PIA. Pero no os habrá mandado
que asalteis esta morada,
y á nuestra misma presencia
cruceis el rostro á la esclava.
MAY. Para cumplir su deseo...
ALF. Ya mi paciencia se acaba.
(Amenazando y detenido por doña Pia.)
LOLA. Si mandar queremos todos,
¿qué será al fin de esta casa? *(Indiferente.)*
ALF. Calla, corazon de trige.
PIA. ¡Alfredo!
ALF. No tiene entrañas,
ni le da lástima el niño
y á mí el alma me desgarra!!!..
(Con profundo sentimiento.)
MAY. *(A la negra.)* Al cafetal, al trabajo.
PIA. Calle usted y hable la esclava:
Dime la verdad, ¿qué has hecho?
te castigan, ¿por qué causa?
MAY. ¡Señora!
PIA. Silencio he dicho.
ALF. ¡Ira de Dios!
LOLA. *(Con desprecio.)* Que se vayan.
(Doña Pia ordena con la accion el silencio, y á Juana que hable: esta se adelanta acercándose á doña Pia.)
JUANA. Señora, ignoro por qué

siendo de la niña esclava,
al cafetal me arrojaron
y en él trabajando estaba,
cuando observé que mi hijo
llevaba tan grande carga
sobre sus debiles hombros,
que las fuerzas le faltaban
y una y otra vez al suelo
caia el niño y la carga.
Entonces, ese, ese látigo
(Señalando con horror al Mayoral.)
crujía sobre su espalda,
¡hijo de la vida mia,
lágrima ardiente lloraba!
(Comienza Juana á llorar y entre sollozos continúa la relacion).
Quise pedir compasion
par ı el que llevé en mi entraña.
y el látigo me tendieron
hasta cruzarme la cara.
A mi trabajo volví
con el alma traspasada
cuando otra vez escuché
á mi niño que lloraba,
al látigo que crujía
sobre su pequeña espalda
y nuevamente miré
caer el niño y la carga.
Ya no pude contenerme,
el corazon me arrancaban,
corrí y abrazé á mi Juan,
dí á ese látigo la espalda,
y ligera cual un corzo
he llegado á vuestra estancia,
demandando compasion,
no para la triste Juana,
que para mí no la pido;
para el hijo de mi alma
(Con la más grande expresion de dolor y con la mayor firmeza.)
que el tierno amor de la madre
tambien sienten las esclavas.

PIA. Es verdad.

ALF. Tiene razon.

JUANA. Dios premie las buenas almas.

LOLA. De todo se compadecen.
ALF. Del que sufre en la desgracia.
PIA. Mayoral, márchese usted;
queda á mi servicio Juana.
MAY. ¿Y el niño?
PIA. Tambien se queda
para servir en la casa.
JUANA. ¡Señora! (*Con grande agradecimiento.*)
LOLA. ¡Oh! (*Con indiferencia.*)
ALF. (*Con entusiasmo.*) ¡Madre mia!
JUANA. Gracias, señora, mil gracias.
Mira, Juan, hé aquí á tu madre
que te protege y ampara,
besa esa mano, hijo mio,
que aunque es una mano blanca
no azota á sus semejantes
ni hace distincion de raza,
y á todos nos mira iguales,
iguales como Dios manda.
(*Al decir estos últimos versos, intenta arrodillarse con su hijo, pero doña Pia no lo permite.*)
PIA. Levántate, pobre madre.
ALF. No hay alma como su alma.
(*Señalando á su madre entusiasmado.*)
MAY. Señora, el niño y la negra
en el trabajo hacen falta. (*Con insistencia.*)
PIA. Yo lo mando.
ALF. ¡Vive Dios! (*Al mayoral.*)
MAY. Señora...
PIA. Lo mando, y basta. (*Con firmeza.*)
(*Sale el Mayoral y doña Pia, despues de verle marchar, eleva su mirada al cielo y continúa.*)
Pues ya es hora que pongamos
freno á semejante infamia
y la luz de la razon
ilumine á nuestra España.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala lujosamente amueblada, en casa de D. Tomás, en la Habana. Puerta foro, laterales en segundo y primer término. Se oye dentro de las habitacionos un coro de brindis; en tanto permanece Alfredo pensativo.

CORO DENTRO.

Chocad, chocad, amigos,
las copas del licor,
brindemos por la caza
de gente de color.
A salud de las olas
y de Don Tomás,
que mueran los cruceros
y viva el capitan. *(Váse apagando el coro.)*

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO.

ALF. Bien, humanitarios séres
que en ruidosa algarabía
brindais por la caza impía
de hombres, niños y mujeres.
No teneis, no, corazon,
ni honrada sangre en las venas;
no sois personas, sois hienas
de España mengua y baldon.

No escuchan vuestras conciencias
los ayes de los que gimen,
¡ay de todos los que oprimen,
que al fin oyen sus sentencias!
Me es imposible mirar
á mi padre entre bandidos,
turba de séres perdidos,
afrenta de nuestro hogar.
Ya se acercan ¡inhumanos!
con ellos mi padre viene,
su presencia me detiene
castigar á esos villanos.
(Aparecen en el foro los marineros precedidos del capitan, D. Tomás y Mayoral.)

ESCENA II.

DICHOS *y* ALFREDO, *que permanece izquierda actor.*

TOMÁS. Veamos, don Roberto
hacednos el relato
del viaje.
MAY. Sí, un buen rato
de fijo nos dará.
ROB. Si ya conoceis todos
el viage de un negrero,
ALF. (Honrado caballero.)
TOMÁS. Contádnoslo.
ROB. Allá vá.
(Momento de pausa en que todos rodean al capitan, menos Alfredo.)
Ligero cual un corzo
como águila, altanero,
nuestro bagel velero
se lanza en alta mar;
los rizos dando al viento,
el pabellon izando,
honda estela dejando
sus olas al cruzar;
así llega á las costas
donde el bozal habita,
y allí se precipita
audaz tripulacion.
Y á cuerpo descubierto,
luchando con el fuerte,

retar sabe á la muerte
con bravo corazon.
Del buque ya formando
el lastre, carne humana,
apenas la mañana
comienza á despuntar,
se vé al buque negrero,
altivo y arrogante,
bandera de mercante
al viento desplegar.
A no larga distancia
distínguese un crucero,
que boga hácia el negrero;
dispara su cañon,
y en su cubierta forma
dispuesta y con coraje,
á entrar al abordaje
feroz tripulacion.
El lastre del corsario
prorrumpe en gritería,
en tanto la alegria
se vé el rostro animar
de aquellos que defienden
con alma decidida,
su fortuna y su vida
ansiando pelear.
Entáblase la lucha,
derrotan al crucero,
y el bergantin negrero
bañado por el sol,
sobre las olas surca
altivo y arrogante,
cantando delirante
su triunfo, el español.

TODOS. Bien, muy bien.

TOMÁS. Bravo.

MAY. Nadie
á ese relato es sordo;
los piés se van á bordo.

ALF. No puedo estar aquí.
(*Saliendo por la izquierda lateral.*)

ROB. Pues de contarlo á verlo
hay una gran distancia.

TOMÁS.. Me gusta la arrogancia,

MAY. Y me entusiasma á mí.

ESCENA III.

DON TOMÁS, ROBERTO, MAYORAL *y* MARINEROS.

TOMÁS. Muy bien por los marineros
que así saben relatar.
ROB. Mejor saben pelear.
MAY. Firmes con esos cruceros.
MARINERO. Capitan, nos dais permiso;
nosotros nos retiramos
y en las lanchas aguardamos.
ROB. No os prendan por decomiso.
Idos todos mar adentro
sin pasearos por la playa,
no quiera el diablo que vaya
á tener algun encuentro
la gente.
MARINERO. ¿Y el capitan?
ROB. Me quedo aquí por ahora;
antes que asome la aurora
al buque me llevarán.
TODOS. A la paz de Dios.
(Saliendo todos con el murmullo consiguiente al despedirse.)
ROB. Salud.
TOMÁS. Yo os voy á hacer los honores
de la casa.
MAY. Adios, señores.
(Siguiendoles y desapareciendo con ellos así como D. Tomás.)
ALF. *(Apareciendo en la lateral.)*
La honradez y la virtud.
(Con irónico acento mirándoles marchar.)

ESCENA IV.

ROBERTO *y* ALFREDO *deteniendo al capitan que se dirige al foro despidiendo á sus compañeros.*

ALF. Capitan, os necesito. *(Bajando del proscenio.)*
ROB. Disponer de mí podeis.
ALF. La nobleza y la hidalguía
me acompañan por doquier.

ROB. Yo jamás lo puse en duda.
ALF. Oigame atento.
ROB. Hable usted.
ALF. Yo en España he conocido
á un tal Guerra, que usted es...
ROB. ¡Don Alfredo!
ALF. Las cuestiones
siempre así las abordé.
Aquel Guerra, fué un villano.
ROB. ¡Vive Dios!
ALF. Oid, pardiez..
Es escusado negarlo;
le conozco á usted muy bien.
ROB. ¡Voto al diablo, que á ser otro!
ALF. Capitan, no os altereis;
y aquel Guerra aquí pretende
engañar á otra mujer.
ROB. Coto á esas palabras pronto...
ALF. En ponerle no intenteis,
que la punta de mi espada
hoy las sabrá sostener.
ROB. ¡Don Alfredo!
ALF. Pronto exijo
de esta isla salga usted,
que ántes pedazos me harian,
y lo juro por mi fé,
que esposa mi hermana fuera
de un villano como usted.
ROB. ¡Vive el cielo! (Ya lo sabe)
Yo su mano al pretender
cual hidalgo y bien nacido...
ALF. Tal descaro no se vé.
Nunca ha sido caballero.
ROB. Sus palabras mida usted,
que esa ofensa impunemente
solo aquí se puede hacer.
ALF. Viniendo al campo conmigo
remendar la honra podeis.
ROB. Al campo me cita?
ALF. Al campo.
ROB. Pues al campo acudiré.
ALF. Lo veremos.
ROB. Yo no falto.
ALF. No fuera primera vez.
ROB. ¡Ira de Dios!

ALF. Más templanza.
ROB. Padrinos...
ALF. Los enviaré.
ROB. A muerte...
ALF. Pues ya lo creo.
ROB. Morirá.
ALF. Lo mataré.
(Dirigiéndose á la puerta por donde salió y el capitan al foro. Apenas ha salvado la puerta Alfredo y cuando el capitan llega al foro aparece Juana en la puerta lateral en último término á la derecha del actor con un bulto en la mano, ya pañuelo con ropa ó lío de papel, desde cuya puerta manifiesta su sorpresa y entra en la escena.)

ESCENA V.

ROBERTO *y* JUANA.

JUANA. (*Desde la puerta.*) ¡Ah!
ROB. (*Con sorpresa.*) (Una negra.) ¿A dónde vás?
JUANA. A llevar este recado.
(Dirigiéndose al otro lateral, pero Roberto la detiene diciendo):
ROB. Sin duda tú has escuchado.
JUANA. Señor, no escucho jamás.
ROB. Pero ahora querrás oirme.
JUANA. ¿Tiene algo que decir?
aquí estoy para servir.
ROB. Acaso puedas servirme.
¿Eres tú mujer de juicio?
JUANA. Sí, señor.
ROB. Pero una esclava.
(Con irónico acento. Juana manifiesta su pesar con la accion.
¿Si la libertad te daba
por pequeño sacrificio
no lloraras de alegría?
JUANA. (*Con entusiasmo.*)
Si en lo posible estuviera,
toda mi existencia diera
por ser libre solo un dia.
Y hasta deseo morir
para romper las cadenas,
porque concluirán mis penas
cuando acabe mi existir.

ROB. En tus ideas no abundo.
JUANA. Busco allí la libertad, (*Señalando al cielo.*)
que la infame iniquidad
solo impera en este mundo.
Marcho de la dicha en pos
que hallaré en el ataud,
pues la infame esclavitud
no llega al trono de Dios.
ROB. Dejemos tu teoría;
ya me vés, soy caballero
y además tengo dinero
que hacerte feliz podria
si juras ser en la casa
mi servidora leal.
(Con marcada intencion y recelándose de ser oido.)
JUANA. Por el camino del mal
la esclava, señor, no pasa.
Porque aunque negra he nacido
tengo limpia la conciencia
y creo en la Providencia,
y la fé en Dios no he perdido.
ROB. Necedades.
JUANA. La verdad.
ROB. A tu sufrir pon remedio.
JUANA. Pero, señor, por mal medio (*Con entereza.*)
no quiero la libertad.
Seguiré mi triste suerte;
apurar sabré la hiel
y antes que á mi ama infiel
mil veces quiero la muerte.
ROB. Pero esclava...
(Deteniéndola, que intenta marcharse.)
JUANA. Ya no escucho;
comprendo bien sus intentos
y torcidos sentimientos.
ROB. Eres muy honrada. (*Con ironía.*)
JUANA. Mucho.
Mas que algunos viles séres
que pasan por caballeros,
lobos con piel de corderos,
de los negros, mercaderes.
ROB. Silencio, esclava...
JUANA. No á fé,
que mi hermoso corazon

rechaza la ruin accion
que pretende su mercé.
(Con energia y saliendo de la escena por lateral derecha espectador. Roberto se dirige al foro, por donde entra el mayoral.)

ESCENA VI.

ROBERTO *y* MAYORAL.

MAY. ¿Se fué el hombre de la toga?
ROB. ¿Es letrado?
MAY. Sí, en España
los años pasó estudiando
y por su mente rodando
vaga una idea harto extraña.
Sueña con la abolicion.
ROB. ¡Inocente!
MAY. Si pudiera
hoy mismo libertad diera
al negro, sin distincion.
ROB. ¿Y su padre?
MAY. No le atiende,
y á idea tan temeraria
tambien su hermana es contraria.
ROB. No sabe lo que pretende.
MAY. Pero es niño mal criado.
ROB. (¡Hola!)
MAY. Él me ódia y yo á él.
ROB. Será contigo cruel.
MAY. Muy necio y desvergonzado.
ROB. ¿Y su hermana?
MAY. Es otra cosa.
ROB. Por lo menos es muy bella.
MAY. Hoy es una gran doncella;
mañana, excelente esposa.
ROB. Ya te he dicho en el banquete
el amor que me ha inspirado.
MAY. Aquí teneis un criado
que á todo se compromete.
ROB. ¿Podria contar contigo?
MAY. Con el alma y corazon,
siempre que su proteccion...
ROB. Es tuya cual yo tu amigo.
MAY. El trato se halla cerrado.

Hablemos con claridad,
dentro de la sociedad
nada exista reservado.

ROB. Así, pues, oye un secreto
que en tu pecho has de guardar,
se me acaba de retar
y yo he aceptado el reto.

MAY. Como su suerte es mi suerte
conocer quiero al contrario.

ROB. Alfredo, que temerario
viene en busca de la muerte.

MAY. ¿El motivo?

ROB. La pasion
que me ha inspirado su hermana.

MAY. ¿Cuándo es el lance?

ROB. Mañana.

MAY. (Yo zanjaré la cuestion.)

ROB. Ya está mi sócio enterado.
Nubla Alfredo mi destino;
de la dicha en el camino
ese hombre se ha cruzado.
El cañon de una pistola
mañana le apartará.

MAY. (Su hermana no llorará.)

ROB. Mi esposa, al fin será Lola.

MAY. Secreto, pues, por secreto.
Yo adoro aquí á una hermosura,
á quien ama con locura
el que os ha lanzado el reto.

ROB. ¿Qué dices?

MAY. Ella halagada
por el capital del niño,
acepta fiel su cariño
y es mi pasion despreciada.
Vé en mí solo al mayoral
y en el otro al potentado.

ROB. Pero siendo mi asociado
harás frente á tu rival.

MAY. ¿Qué dice usted?

ROB. Lo que es cierto.

MAY. ¡Ay de él! y ¡ay de ella!
Que al darme luz limpia estrella
habrá de alumbrar á un muerto.

ROB. Feliz veo mi destino,
rueda, el mundo es una bola.

Aquí se dirige Lola;
Justo, alláname el camino.

MAY. Descuide usted, y hasta luego.

ROB. Consecuencia y lealtad. *(Marchándose foro.)*

MAY. Ya verá en la sociedad
la limpieza con que juego.

ESCENA VI.

JUSTO *el mayoral.*

Un brillante porvenir
me sonrie desde hoy.
¡Ay, Alfredo, por quien soy
te juro que has de sufrir!..
Pero si vence en el duelo
mi enemigo al capitan,
mis ilusiones caerán
marchitas bajo este cielo.
¡Amor!.. ¡fortuna!.. ¿á un percance
habia yo de esponer?
Ya sé quien ha de vencer
antes de llegar al lance.
Ancha y libre hallo la puerta
de probar cuanto yo puedo;
antes que Adela de Alfredo,
á mis piés la verán muerta.

ESCENA VII.

MAYORAL *y* LOLA, *lateral derecha espectador, último término.*

LOLA. ¿Al cruzar el corredor
creí haber distinguido
al capitan con usted?

MAY. De aquí salió ahora mismo,
y con grande sentimiento
de no haberse despedido
de usted.

LOLA. ¿Acaso se marcha?

MAY. No por cierto.

LOLA. (Ya respiro.)

MAY. No era posible ausentarse
sin antes haberla visto.

LOLA. ¿Y á él que le importa de mí?

MAY. Le importa mucho, muchísimo;
es hombre de corazon,
y al punto le he conocido
la pasion que por usted...

LOLA. Mayoral, suspenda el juicio;
los hombres que son galantes...

MAY. El capitan es un tipo
de valor y de hidalguía,
es un génio, hombre tan rico
en sentimientos leales
como en dinero efectivo.
Bueno, caballero, noble,
tan valiente en el peligro
como franco y generoso
con camaradas y amigos.
Anoche oí relatar
sus hechos como marino,
y no hay quien surque las olas
que llegar pueda á su brio,
ni que goce del renombre
con que el bravo es conocido.

LOLA. ¿Y cuándo piensa partir?

MAY. Cuando usted le dé permiso.

LOLA. Está usted muy enterado.

MAY. Señorita, él me lo ha dicho,
mas no me descubra usted.

LOLA. Pues bien, Justo, yo le pido
indague donde nació
el capitan, y qué ha sido
en España, pero nunca
le díga el interés mio,
ni que le... mis papás vienen.

MAY. Pero...

LOLA. Silencio, y lo dicho.

(Sale Lola por la izquierda del espectador y el mayoral por el foro.)

ESCENA VIII.

DON TOMÁS *y* PÍA *entrando por la derecha del espectador en último término.*

TOMÁS. Por cierto, mi buena Pía,
que estás cual nunca exigente.

PIA. No cederé en mi porfía.

TOMÁS. Pues es una tontería,
un deseo inconveniente.
PIA. Es muy justa la exigencia.
TOMÁS. ¿Dar al negro libertad?
¿Acabarás mi paciencia?
(Se sienta y doña Pia se apoya en el respaldo. Pausa.)
PIA. ¿No te grita la conciencia
que es una horrible maldad
á la luz de la razon
tener todavía esclavos?
¡Ay! Tomás, por compasion,
quítame del corazon
tan grandes y horribles clavos.
Del Gólgotha en el madero
brotó el amor fraternal
para el rico y pordiosero,
para el amo y jornalero,
para el blanco y el bozal.
Murió Jesús en la Cruz
por redimir pecadores,
y al error con su capuz
le sustituyó la luz
con sus bellos resplandores.
Yo he visto horrible agonía
en la esclava, ¡pobre madre!
que al hijo vender veia,
mientras tambien se vendía
á otro comprador el padre.
Y los tres, con gran dolor,
en distintas direcciones
partieron, ¡oh, Redentor!
¿dónde se encuentra tu amor,
que no está en los corazones?
TOMÁS. Todo eso será verdad,
no he de negártelo, Pía,
mas dando la libertad
al negro, la propiedad
perderemos en un dia.
PIA. No quiero, Tomás, riqueza
á costa de carne humana.
TOMÁS. Si á tí llega la pobreza,
tal del mundo es la flaqueza
que te pesará mañana.
PIA. No; que sabria vivir

[illegible] trabajando noche y dia.
TOMÁS. Olvidando el porvenir
de tus hijos, y el sufrir
que tu accion les legaria.
PIA. Aún nos queda capital,
no somos tan desgraciados;
fincas urbanas, metal,
el ingenio, el cafetal,
que pueden ser explotados.
TOMÁS. ¿Quién las tierras trabajára
si al negro libertad dieras?
PIA. El negro, al que se pagára
el jornal, segun ganara
como con el blanco hicieras.
TOMÁS. A tu pensamiento humano... *(Reflexivo.)*
PIA. *(Con alegría.)* ¿Responde tu corazon?
(Suenan las teclas del piano, oyéndose calar Lola.)
TOMÁS. Lolita está en el piano
(Dirigiéndose izquierda espectador lateral.)
y entona un aire cubano.
¡Oh! qué preciosa cancion.
PIA. Pero... *(Intentando detenerle.)*
TOMÁS. Pía, tén paciencia.
PIA. Tomás, por Dios.
TOMÁS. Más despacio.
PIA. Demos paz á la conciencia.
TOMÁS. Mira que hay gran diferencia
de una choza á este palacio. *(Desapareciendo.)*
PIA. *(Con dolor.)* La desbordada avaricia
trastorna al hombre el juicio,
á la sociedad desquicia,
de ella aparta la justicia
y la lleva al precipicio.
A todo humano enaltece
el trabajar, que es virtud,
y aquí al honrado escarnece
porque al trabajo envilece
esta horrible esclavitud.
Nefando crimen encierra
enerva y corrompe al dueño,
fuente es de sangrienta guerra
y la paz en esta tierra
será ilusion, vano sueño.
Nunca fué el órden verdad

con bases artificiales,
ni afirma la propiedad,
que donde no hay libertad
y derechos naturales,
solo reina la anarquía
y el despotismo inclemente;
si lo niega la osadía
de alguna fraccion impía,
conteste el pueblo que miente. *(Mucha energía.*

ESCENA IX.

DOÑA PIA, ADELA. *(Foro.)*

ADELA. ¿Dá usted permiso?
PIA. Adelante.
Adios, mi querida Adela,
¿Y tu madre?
ADELA. Pasó adentro
cruzando la otra escalera,
pero yo en busca de usted
vengo con horrible pena,
para hacerla sabedora
que Alfredo abriga una idea
tan extraña como horrible.
PIA. ¿Que dices, Lola, qué dices?
ADELA. Y de graves consecuencias.
PIA. Ya me impaciento.
ADELA. ¿Nos oyen? *(Cautelosamente.)*
PIA. Adela, habla, no temas.
ADELA. Triste y pensativo há dias
que á mis ojos se presenta,
y hoy, más triste y pensativo,
asunto grave proyecta.
Antes que lo realice,
pues creo horrible la empresa,
llego hasta usted, doña Pía,
á darle la voz de alerta,
rogándole por su amor
que le aparte de esta tierra
y le haga marchar á España,
pues peligra su existencia.
PIA. ¿Qué escucho? Habla, por Dios,
que te oigo con sorpresa.
¿Tú le amas, y á pedir vienes
una prolongada ausencia?

ADELA. No la pido, que la ruego,
y á poder se la exigiera,
aunque dilatados años
se prolongara su ausencia,
y en ella hasta me olvidara,
para mí desgracia inmensa;
todo lo prefiero, á verle
al pié de cierta bandera
que se apresta á defender.

PIA. Dime pronto lo que intenta

ADELA. Marchar á la... insurreccion.

PIA Y AD. ¡Ah!
(Significando el mayor espanto doña Pía por lo que acaba de oír, y Adela porque vé al mayoral en el forillo junto á la puerta.)

ADELA. *(A doña Pia.)* ¡El mayoral!

MAYORAL. (Buena nueva.)

PIA. *(Presa de espanto.)* Silencio porque ese hombre...

ADELA. ¿Acaso?...

PIA. ¡Silencio, Adela!...

MAYORAL. (Grande secreto escuché,
que á mi venganza se presta.)
(Desaparece cruzando el forillo y mirando á doña Pia y Adela, que permanecen juntas y con espanto á un lado de la escena.)

PIA. ¿Se ha marchado?...

ADELA. Creo que sí.

PIA. ¿Entónces á qué viniera
que así apareció y se marcha?

ADELA. ¡Quién sabe á lo que vendria!

PIA. La sangre en mis venas hiela
pensar si escuchó la frase
que me ha llenado de pena.

ADELA. ¿No come el pan en la casa?
(Y á mi amado Alfredo intenta
robarle mi amor.) ¡Villano!

PIA. Tiene corazon de hiena,
Y además ódia á mi hijo.

ADELA. Si este secreto supiera...

PIA. Repito que me horroriza,
guárdalo en tu pecho, Adela.
Nada tengo que encargarte.

ADELA. ¡Si en él mi vida se encierra!

PIA. Pues no pierdas un instante;
de Alfredo el pecho sondea,

y pronto dame noticias
de todo cuanto tú sepas.

ADELA. Voy á buscar á mi madre.

PIA. Que dispense no la vea,
pues ansío que á tu casa
dés pronto la vuelta, Adela,
por si Alfredo llega á verte
y nuestra campaña empieza.

ADELA. Venceremos.

PIA. Dios te oiga.

ADELA. Quiéralo la Providencia. *(Váse foro.)*

PIA. Es muy digna de mi hijo
la que así su amor expresa;
la virtud y la honradez
la acompañan por doquiera,
y aún más que en su hermosa cara
se vé en su alma la belleza.

ESCENA X.

DOÑA PIA Y ALFREDO.

ALFREDO. ¿Tan sola, madre querida?

PIA. Con tu recuerdo en mi mente,
pues yo no sé qué presiente
que mi alma está dolorida
é intranquilo el corazon.

ALFREDO. No veo, madre, el motivo.

PIA. Te observo muy pensativo,
presa de gran distraccion.
Tú tienes algun pesar
que lo ocultas á mis ojos.
Si hallas en la vida abrojos
los sabrá mi amor segar.

ALFREDO. ¡Madre!...

PIA. ¡Oh! si yo en tu mirada,
así como en tu semblante
leo en este mismo instante...

ALF. Nada, madre mia, nada;
nada puede usted leer.

PIA. Con el amor maternal,
que nunca tendrá rival,
acabo de comprender
lo que tú ocultar intentas.

ALF. ¡Cielos!
PIA. Con afan prolijo,
la madre le dice al hijo:
¿dime la pena que sientas?
ALF. Pues bien;
(*Momentos de pausa, y luego esclama:*)
Siento un gran dolor,
me causa horrible tormento
no ver libre como el viento
á la gente de color.
PIA. ¿Y por esa libertad?...
ALF. Pelearé cual los bravos,
que no quiero más esclavos;
basta ya de iniquidad.
PIA. Y al cautivo redimir
quieres tú en la insurreccion...
ALF, Tal vez.
PIA. Sé tu decision.
ALF. Madre, yo no sé mentir;
voy á hablarla con franqueza:
aun no me hallo decidido,
pero...
PIA. Todo lo he sabido
con sin igual estrañeza.
ALF. Yo no quiero tolerar
á la razon tanto ultraje,
y ya, ciego de coraje,
no puedo en calma mirar
las transacciones negreras,
que hacen del dueño un tirano,
tratando al género humano
peor que á las mismas fieras.
Y aunque al negrero no cuadre,
para honra del pueblo ibero,
romper las cadenas quiero
del padre, el hijo y la madre.
Mengua es de la patria mia,
en el siglo de la luz,
mantener junto á la cruz
la más cruel tiranía.
La sangre hierve en las venas
y se exalta el corazon,
al hablar de ilustracion
y oir sonar las cadenas.
PIA. Basta, hijo mio, es verdad;

tu pensar, Alfredo, alabo,
que no debe haber esclavo
donde exista humanidad.
Pero no es la insurreccion
el calmante á tal herida;
esa lucha fratricida
tiene distinta mision.
Allí se abre el ataud
de España á la integridad;
su anhelada libertad
no hallará la esclavitud.
Dicen, Cuba independiente;
si triunfaran sus pendones,
caerian hechos girones,
en poder de estraña gente.
La madre al hijo no engaña,
claro está como está el sol;
no será buen español
el que grite muera España.

ALF. Teneis razon, es verdad;
mas tampoco será bueno
el que aplauda el desenfreno
de tanta inmoralidad.
Basta ya de oligarquía,
de estúpida dictadura,
que así la paz y ventura
no veremos, madre mia.
Males sín cuento aquí entraña
la mala administracion;
cese ya la confusion,
que de Cuba es madre España.
Así los pechos iberos
se indignan viendo á la Antilla
esplotada por cuadrilla
de torpes aventureros.
Recobre nuestra nacion
su mermada dignidad,
é impere la libertad
en la española region.

PIA. Pero es una felonía
contra España izar bandera,
yo á Cuba libre quisiera
dentro de la patria mia.
En ella, la abolicion
tanto como tú deseo,

porque aquí el fruto no veo
de la gran revolucion.

ESCENA XI.

Dichos, ADELA *y luego* PEDRO.

ADELA. ¡Alfredo! (*Entrando desolada.*)
PIA. ¿Qué ocurre?
ALF. Adela, ¿que pasa?
ADELA. Asunto muy grave.
PIA. Alguna desgracia.
ADELA. Oidme y callad.
ALF. Te escuchamos.
PIA. Habla.
ADELA. Ha poco, al cruzar
por medio la Plaza,
ví grupos juntarse,
juntarse con armas,
palabras diciendo
que hirieron mi alma.
«¡A casa de Marquez!»
un hombre exclamaba
con acento ronco
y torva mirada,
con aire de pillo,
de infame pirata
que audaz en la mano
blandia una espada.
«¡A casa de Marquez
—con fuerza gritaba—
que Alfredo, su hijo,
traidor á la pátria,
tenaz insurrecto
oculta las armas
con las cuales cuenta
la negra canalla!»
«¡A casa de Marquez!
—cien bocas gritaban—
¡que no quede teja
de aquella morada!
¡Que muera su hijo
en su misma estancia,
y el cuerpo traigamos
á rastra á la Plaza!»

Y yo al escuchar
tan graves palabras,
corrí cual cordera
por lobo acosada,
y aquí sin aliento,
sin paz en el alma,
llegué portadora
de tanta desgracia.

(Durante los siguientes versos de Alfredo, Adela recorre intranquila la escena, escuchando hácia el foro, como antes habrá hecho doña Pia.)

PIA. ¡Por Dios, hijo, huye!
ALF. ¿Y así me lo manda
la que el sér me dió,
la que tanto me ama,
aquella que siempre
me enseñó en la infancia
que nada es la vida
si la honra nos falta?
PIA. No pierdes la tuya,
que tienes muy alta,
huyendo á una turba
que no lucha y mata.
ALF. Ante ella yo ansío
hablar con voz alta.
ADELA. Escucha, se acercan.

(Llegando hasta los dos, despues de haber observado por puertas y balcones, presa de incertidumbre. Lejano rumor.)

Alfredo, nos matas.
PIA. ¡Huye, hijo querido!
ADELA. ¡Amor de mi alma! *(Se aproxima el rumor.)*
PIA. ¡Escucha á tu madre!

(Deteniendo ambas á Alfredo.)

ADELA. ¡Atiende á tu amada!
ALF. Dejad que á la puerta
á esperarlos vaya.

(Crece el rumor cercano.)

ADELA. Ya suben.
PIA. ¡Dios mio!
ALF. ¡Atrás! ¡Puerta franca!

(Luchando con las dos.)

ADELA. ¡Alfredo! *(Deteniéndole.)*
PIA. ¡Detente! *(Idem.)*

(Aparecen en la puerta y forillo varios hombres

del pueblo con armas y actitud amenazadora, á los cuales hace frente Pedro, saliendo por la izquierda lateral actor y colocándose con cuchillo en mano frente á la puerta entre los amotinados y la familia.)

PEDRO. De aquí no se pasa,
que traigo cuchillo
y aliento en mi alma,
y en la boca dientes
que el cuerpo desgarran
de aquel que se atreva...

PUEBLO. ¡Muera!

PIA Y AD. *(Con terror.)* ¡Oh!

PEDRO. *(Amagando con el cuchillo á la multitud que se detiene.)* ¿Quién pasa?

ESCENA XII.

DOÑA PIA, ADELA, PEDRO, ALFREDO, PUEBLO *y* D. TOMÁS.

PUEBLO. ¡Muera! *(Queriendo adelantar.)*

PEDRO. ¡Muy quietos!

ALF. Valientes,
para un hombre venir tantos.

PUEBLO. ¡A él!

PEDRO. ¡Imposible! *(En la misma actitud.)*

ALF. Llegad.

ADELA. ¡Atrás!

PIA. ¡Atrás, yo lo mando!

TOMÁS. *(Saliendo.)* ¿Por qué este asalto en mi casa?

ALF. Ahora lo dirán los bravos,
que cual africana gente
en tumulto penetraron.

PIA. ¿Es así como se allana
la casa de un ciudadano?

PUEBLO. A nosotros nos dijeron
que Alfredo está preparado
á ser traidor á la pátria,
insurrecto, mal cubano,
que quiere...

ALF. Yo lo diré:
la libertad del esclavo.

PIA. Mas no la quiere alcanzar
contra su pátria luchando,

sino cual la ansían todos
los corazones humanos.

PUEBLO. ¡Señora!...

PIA. Ya saben, pues,
que aquí vienen engañados,
y sírvales de gobierno
para en análogos casos,
que en estériles motines
no se vencen los contrarios,
ni se ganan las batallas (*Mucha energía.*)
en las ciudades gritando
contra mujeres y niños
e indefensos ciudadanos,
sino frente al enemigo
con las armas peleando.

PUEBLO, ¡Señora!

PIA. Salid al punto,
vuestro honor os llama al campo.
(*Saludan con la accion y desaparecen pausadamente por el foro; en tanto Doña Pia les sigue con la vista, y al salir el último, y despues de dirigir una mirada de cariño á Alfredo, eleva sus ojos al cielo y exclama:*)
Gracias, madre dolorosa,
que á mi Alfredo habeis salvado.
Es que escrita está en el cielo
la redencion del esclavo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campiña con espeso follaje, prolongada cuanto permita el escenario, y á la altura de un metro, con arbolado, etc.— A la derecha del espectador, en primer término, una casa de campo con dos puerias practicables, y sobre ellas dos ventanas en el piso principal, la una practicable. Mesa y sillas frente á la casa.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, *sentado en una silla con huesera ó guitarra en la mano.*

El neguito y la guitarra
tienen grande analogía:
sobre el uno y sobre la otra
sé toca la sinfonia.
oye, neguita,
por compasion,
oye al neguito
que tiene amor.
Cuando yo voy por la calle
con un cigarro en la boca,
siento que negas y blancas
por mi sal se vuelven locas.
oye, neguita, etc.
(*Cesa de cantar y se levanta.*)

Ya el ama y el niño vienen;
sígamos en la limpieza,
y este instrumento dejemos,
el alivio de mis penas,
de las penas del esclavo,
negras, como yo de negras.
¡Ay, libertad, libertad!
Triste es sin tí la existencia,
que la vida del esclavo
no es la vida verdadera,
pues antes que así vivir
yo cien veces prefiriera
el silencio de las tumbas
al ruido de las cadenas.
(*Pedro se interna en la casa por la segunda puerta, en tanto salen por la primera Alfredo y doña Pia. Alfredo se apoya en el brazo de su madre y además en una muleta.*)

ESCENA II.

DOÑA PIA *y* ALFREDO.

PIA. Ya estás mejor, hijo mio,
me lo dice tu semblante.
ALF. Es cierto, me encuentro bien
gracias al cuidado, madre,
con que usted me asiste aquí. (*Se sienta.*)
Pero no quiere apartarse
de mi mente la traicion
del mayoral miserable,
ni la intriga del malvado
de ese capitan cobarde.
PIA. Alfredo, por Dios, Alfredo,
de tales gentes no hables,
que al no conseguir su objeto
con la delacion infame,
matarte despues quisieron
por mano agena, ¡cobardes!
pero el cielo te guardó,
y aquí con tan puros aires,
con la quietud y la calma,
has podido mejorarte.
Tus heridas ya van bien,
pese á los viles, infames,
no te acuerdes más de ellos,

que más temprano ó más tarde
al fin sabrá la justicia
quiénes fueron los culpables.

ALF. ¡Ah! madre, será muy triste
que el asesino se llame
el esposo de la hija,
de la hija de mi padre.
¡Entonces!..

PIA. ¡Oh! calla Alfredo.

ALF. ¡Cómo callar, si el enlace
está proyectado ya!

PIA. Pero no ha de consumarse.

ALF. El capitan ha engañado
completamente á mi padre;
es su asesor, su más íntimo.

PIA. No te dé cuidado.

ALF. ¡Madre!

PIA. Todo cuanto en nuestra ausencia
adelantára bergante,
lo ha destruido la carta
en que dás tantos detalles
de su vida y de sus hechos;
y no ofendas á tu padre,
pues estoy segura, Alfredo,
que al saber que es un infame,
se alejará por completo
de un hombre tan miserable.
Tomás estima su honra,
y en ella no cede á nadie.

ALF. Si no me hubieran herido
lo hubiese sabido antes.

PIA. Vamos á nuestro paseo.

ALF. Es verdad, que se hace tarde.

PIA. Y hablaremos del asunto...
del brazo y firmes.

PEDRO. (*Apareciendo.*) Adelante,
que pronto será la boda
y hay que danzar en el baile.

PIA. Hasta luego.

ALF. Adios Pedro.

PEDRO. El Señor les acompañe.

(*Alfredo apoyado en el brazo de doña Pia y en su muleta, sale segun indica el diálogo y desaparecen ambos por la espalda de la casa.*)

ESCENA III.

PEDRO *y despues* MIGUEL *y* SEBASTIAN.

PEDRO. *(Mirándoles marchar.)* Buena parejita harán
el niño y la hermosa Adela,
él con sin par corazon
y ella con alma tan bella.
Dios bendiga á los que nacen
para hacer bien en la tierra.
Alguien se acerca á la casa.
¿Qué veo? Dos buenas piezas.
(Miguel y Sebastian aparecen por el foro izquierda del espectador; asómanse por entre el ramaje; se ocultan y vuelven á salir.)
MIGUEL. Mira, es Pedro...
SEBAST. ¿Qué hace allí?
PEDRO. Pedro se halla aquí de pesca;
venid, hombres, ya os he visto
y os guardo un par de botellas.
(Descienden los dos negros.)
MIGUEL. ¡Buen Perico!
SEBAST. ¿Será cierto?
PEDRO. Ya lo creo, muy de veras.
MIGUEL. ¿Pues entónces?
SEBAST. Tráelas, Pedro.
MIGUEL. ¿Eres rico?
(Pedro contesta con la accion afirmativamente.)
SEBAST. ¡Quién creyera!
(Los dos espresan su asombro.)
PEDRO. (¿A qué vendrán á este sitio?
es muy rara su presencia.)
¿Venís por aquí buscando?..
MIGUEL. Sí, buscando... *(Mirando á Sebastian.)*
SEBAST. A una nega.
PEDRO. Y me habeis hallado á mí.
¡Pues no hay poca diferencia!
¿Cómo marcha el cafetal,
el ingenio y sus faenas?
MIGUEL. Andan bien.
PEDRO. ¿Y los azotes?
¿Y aquel mayoral pantera?
SEBAST. Es muy bueno.
PEDRO. ¿Qué me dices?
MIGUEL. A nosotros no nos pega.

PEDRO. (Me escamo.)
SEBAST. Vá á casarse
con una hermosa doncella.
PEDRO. ¿El mayoral?
MIGUEL. Ya lo creo.
PEDRO. Contadme.
SEBAST. Si él lo supiera.
PEDRO. ¿Cuándo lo he de ver yo á él
si soy libre? Hablad.
MIGUEL. Pues ella... (*Vacilando á Sebastian.*)
Dílo tú. (*Ambos gesticulan sin decirlo.*)
PEDRO. Ya sé quién es.
SEBAST. Se llama...
PEDRO. Se llama...
MIGUEL. Adela.
PEDRO. ¡Adela! (*Con grande asombro.*)
SEBAST. Qué, ¿la conoces?
PEDRO. ¿Si la conozco? es muy nega.
SEBAST. Es blanca.
MIGUEL. Sebastian, vamos.
(*Al irse á marchar los detiene Pedro.*)
PEDRO. No, que esperan las botellas.
(*Se interna en la casa y vuelve inmediatamente con las botellas; en tanto Sebastian y Miguel corren hácia el foro, miran en todas direcciones y hablan entre sí.*)
A beber. (*Saliendo.*)
SEBAST. Sí.
MIGUEL. Sí. (*Muy alegres al ver las botellas.*)
PEDRO. Y á brindar.
SEBAST. Por las blancas.
MIGUEL. Por las negas.
SEBAST. Que vinito.
MIGUEL. Generoso.
PEDRO. Otra copa.
SEBAST. Venga.
MIGUEL. Venga.
Así tomaremos bríos
para llevar la doncella.
PEDRO. ¿Adónde?
SEBAST. Al buque.
MIGUEL. Al buque.
PEDRO. Já, já, al buque.
SEBAST. Si supieras...
(*Pedro sigue animándoles á beber.*)

PEDRO. ¿Acabarás de mentir?
MIGUEL. Si yo hablo...
SEBAST. Si me atreviera...
PEDRO. Qué cobardes, ¿teneis miedo?
pues me llevo las botellas.
MIGUEL. Déjalas, que ese vá á hablar.
SEBAST. Habla tú.
MIGUEL. Yo, ni por esas.
(*Señalando á las botellas.*)
PEDRO. Nada hableis, que lo sé todo.
SEBAST. A que no.
PEDRO. Ella es... Adela.
(*Significando que sabe el secreto.*)
MIGUEL. ¡Cierto!
PEDRO. Y él es... el mayoral.
SEBAST. ¡Cierto!
PEDRO. ¿Lo sé?
MIGUEL. ¡Quién creyera!..
PEDRO. A brindar.
SEBAST. Sí.
MIGUEL. Sí, á brindar.
SEBAST. Por las blancas.
MIGUEL. Por las negas.
PEDRO. Vamos á bailar, Miguel.
SEBAST. Un tango.
MIGUEL. Una habanera.
(*La orquesta toca durante dos minutos un tango que bailan parodiando con exageracion y gesticulaciones propias de los negros, con las botellas en las manos.*)
PEDRO. ¡Ole! Bien. (*Cesando la música.*)
SEBAST. Muy bien.
MIGUEL. Brindemos.
PEDRO. Brinda tú.
SEBAST. Miguel, comienza.
MIGUEL. Brindo, porque sin peligro
Llevar podamos á Adela.
PEDRO. ¿Desde dónde, si vosotros
no teneis bastantes fuerzas?
MIGUEL. Desde aquella casa, mira, (*Llevándole al foro.*)
esta es la llave.
PEDRO. ¿La nega?
SEBAST. Estás borracho, Perico.
(*Pedro finge la borrachera.*)
MIGUEL. Allí en la casa, en la huerta,

se encuentra muy bien guardada
en tanto el mayoral llega.

PEDRO. ¿Desde cuándo vive allí?

SEBAST. La llevamos á la fuerza
esta mañana, entre cuatro.

PEDRO. Es mentira.

MIGUEL. Es cosa cierta.

SEBAST. Los dos vamos á ser libres.

PEDRO. Mentira.

MIGUEL. No en esta tierra.
Con el mayoral marchamos.

PEDRO. (¡ Cielos qué infamia proyectan!
hay que averiguarlo todo.)
Apuremos las botellas;
á brindar.

SEBAST. Sí.

MIGUEL. Sí, bebamos.

SEBAST. Por las blancas.

MIGUEL. Por las negras.

PEDRO. (La impaciencia me devora.)
Cuenta, Miguelito, cuenta.

MIGUEL. ¿Qué me dás?

PEDRO. Lo que tú pidas.

MIGUEL. Una de estas, pero entera.

PEDRO. Allá vá.

SEBAST. ¿Para los dos?

PEDRO. Para tí guardo otra llena.

MIGUEL. Viva Perico, y el amo
que se casa con Adela,
á la cual hemos traido
desde su casa á la huerta,
tapando con un pañuelo
la boca á su madre, vieja
que quiso gritar, al ver
le robábamos su prenda.

SEBAST. Ahora vendrá el mayoral,
y sin que nadie lo sepa,
la llevaremos al buque,
el cual corre por su cuenta.

PEDRO. ¿De Justo?

SEB. Y MIG. Sí.

PEDRO. ¿Y el negrero?

MIGUEL. Desde ahora se queda en tierra.

SEBAST. ¿Para casarse en la Habana
con la niña?

PEDRO. (Con la hiena.)
(¡Cielos, todo lo comprendo;
yo salvaré á la doncella,
dando á don Alfredo vida,
que muriera sin su Adela.)
(Durante este aparte de Pedro, los dos negros siguen bebiendo,)
MIGUEL. Perico, ¿rueda esta casa?
SEBAST. Van á caer las botellas.
MIGUEL. ¡Cógelas, Perico!
SEBAST. Pronto.
MIGUEL. Se está marchando la mesa.
SEBAST. Detente, ingrata, que aún veo
vinito en estas botellas.
MIGUEL. Ya no hay.
SEBAST. *(Embriagados.)* Perico, más.
MIGUEL. Más.
PEDRO. (Mios son, se salvó Adela.)
SEBAST. ¿Qué dices?
PEDRO. Que me sigais
adonde hay muchas botellas,
y allí las apuraremos
sin que ni la luz nos vea.
MIGUEL. Eso es bueno.
PEDRO. Sí, á brindar.
(Llevándose las botellas.)
SEBAST. Por las blancas.
MIGUEL. Por las negras.
(Pedro se los lleva, desapareciendo los tres por la puerta de la casa, en segundo término, haciendo las gesticulaciones propias de los negros borrachos.—Pedro cierra la puerta tras sí, y en aquel instante asoman á la escena Roberto y el mayoral, que despues de mirar en todas direcciones, bajan hasta el proscenio, segun indica el diálogo.)

ESCENA IV.

ROBERTO *y el* MAYORAL.

MAYORAL. En vano es buscar.
ROBERTO. No se halla
ni el rastro de esos bellacos.
MAYORAL. La impaciencia me devora.
ROBERTO. Una legua hemos andado.

MAYORAL. Aquí nos darán razon,
si es que por aquí pasaron.
ROBERTO. El caserío, no hay duda
que debe hallarse habitado.
MAYORAL. Llamaremos.
ROBERTO. Há de casa,
(Acercándose á la puerta.)
buena gente.
MAYORAL. Bien estamos,
se han dormido.
ROBERTO. Há de casa.
MAYORAL. No hay nadie.
ROBERTO. Estarán paseando:
sentémonos mientras vienen,
que hace falta este descanso.
MAYORAL. ¿Dónde se hallarán los negros?
porque el tiempo vá cruzando,
y en la Habana apercibidos
de todo lo que ha pasado.
ROBERTO. Saldrán en persecucion,
y el cielo se vendrá abajo.
Rayos y centellas caigan.
MAYORAL. Está usted desesperado.
ROBERTO. ¿Cómo he de estar, cuando veo
que despues de tal trabajo,
para ser de Lola esposo
y adquirir fortuna y rango,
viene á derribarlo Alfredo,
mi enemigo, ese villano
á quien más tarde he de hacer
el corazon mil pedazos?
La amistad me niega el padre,
y á Lola, con tal cuidado
han sustraido á mi vista,
que ni aun usted con su tacto
ha conseguido indagar
dónde se halla.
MAYORAL. Penando
estará la pobre niña
en la sombra de algun cláustro.
ROBERTO. En tanto, en la última carta,
no satisfecho aún su hermano,
ofrece si no me ausento
público hacer ciertos casos
que me obliga á obedecer

tan tiránico mandato.
(¡Ay! que conoce mi historia,
mi presente y mi pasado.)
Él se cruzó en mi camino.

MAYORAL. Y yo pretendí apartarlo.

ROBERTO. Si me dejas en el duelo...

MAYORAL. ¿Le mata usted?

ROBERTO. De contado.

MAYORAL. Entonces, era imposible
de Lola obtener la mano.

ROBERTO. Es verdad.

MAYORAL. Yo bien pensé...
el golpe salió frustrado.

ROBERTO. Mas yo te juro que un dia...

MAYORAL. En parte está usted vengado;
que al robarle hoy á su Adela,
á la mujer que ama tanto,
para siempre quedará...

ROBERTO. Moralmente asesinado.
No es bastante.

MAYORAL. Capitan,
nuestras pesquisas sigamos.

ROBERTO. ¡Oh! sí, que pronto contemple
á esa mujer en tus brazos.
¡Venganza hasta que yo pueda
deshacerlo entre mis manos!

(Vase foro, é inmediatamente se oye lejano el siguiente canto de la marinería que se va aproximando, y por el foro, lo más lejano posible, se ven cruzar los marineros.

Al desaparecer el Capitan y el Mayoral y cuando comienza el canto, sale Pedro cautelosamente con una escopeta de dos cañones y canana puesta; cierra con llave la puerta y entre el follaje se oculta á la vista de los marineros pero no á la del espectador.

En esta actitud espectante permanece mientras cruzan los marineros cantando.)

ESCENA V.

MARINEROS *y* PEDRO.

Coro.

Vamos á bordo amigos
dejando aqui el amor,
al mar donde se siente
latir el corazon.

Despleguemos las velas
al viento halagador;
el mar, el mar espera,
al mar que es nuestro dios.

(Al concluir de cruzar los marineros, y mientras se va apagando el coro, Pedro deja su actitud y con cautela baja al proscenio.)

PEDRO. Todo le he oido, todo.
¡Vive el cielo! si supieran
que aquí duermen los dos negros,
que en todo el dia despiertan,
que yo conozco el secreto
de todo cuanto ellos piensan,
y que aquí tengo la llave
de la casa de la huerta.
Los marineros, no hay duda,
que ya abandonan la tierra
y van á coger las lanchas
que de esta casa están cerca.
En tanto esos miserables
en busca van de su presa,
pero por mi madre juro
que salvo á la niña Adela,
ó de un tiro en mil pedazos
yo mismo haré mi cabeza.
Negro, Señor, he nacido,
(Elevando su mirada al cielo.)
pero limpia es mi conciencia,
que al darnos figura humana
no quisiste hacernos fieras;
ayúdame y hoy me afirmo
en que hay una Providencia.

(Desaparece foro precipitadamente, deslizándose entre el follaje, apareciendo por donde salieron.)

ESCENA VI.

DOÑA PIA *y* ALFREDO.

ALF. Largo fué el paseo, madre.
PIA. Ahora descansa, hijo mio,
y olvida los marineros.
ALF. Daño me ha hecho el oirlos.
¡Negreros! banda de tigres
que llevan el esterminio
por donde quiera que van.

PIA. Se marchan.
ALF. A un nuevo alijo,
á cazar los tristes negros
cual animales dañinos,
á robar al pobre padre,
á la madre y á los hijos.
¡Tal deshonra, tal infamia
en los dos tercios del siglo!
¡Justicia de Dios, ven pronto,
y concluye tal martirio!
PIA. Viva la esperanza ten,
que en casa pronto, hijo mio,
verás cual desaparecen
esa afrenta, ese ludibrio,
ese borron que hoy empaña
de nuestro horizonte el brillo;
lo espero así de tu padre,
que al ver cuanto hemos escrito
libertad dará al esclavo
probándonos su cariño,
y dando el más noble ejemplo
de leal y compasivo...
Pero á tu lado olvidaba
el desayuno. ¡Perico... *(Llamando.)*
¡Perico!... No me responde.
ALF. ¿Dónde estará?
PIA. ¿Habrá salido?
ALF. Entónces esperaremos.
PIA. No, por mí serás servido.
(Dirigiéndose al interior de la casa.)
ALF. ¡Madre!
PIA. Calla, no consiento
que esperes más, hijo mio. *(Entra en la casa.)*

ESCENA VII.

ALFREDO.

Alma bella, angelical,
con su cariño sincero,
no hay amor tan verdadero
como el amor maternal.
Tambien Adela me adora,
y su corazon inflama
de ese amor la inmensa llama

que le calcina y devora.
¡Cuántos dias de ella ausente!
Sus cartas son mi consuelo,
cual su cariño mi cielo
puro, limpio y trasparente.
Ella es toda mi ilusion,
mi madre la dulce calma,
la una dá sosiego al alma,
la otra, paz al corazon.
(*Al decir el último verso y mientras que Alfredo, sentado frente á la mesa, sigue examinando las cartas de su amada, pasa precipitadamente Juana por lo más lejano del foro, seguida del Mayoral, que al llegar á la vista del espectador dispara su pistola, le falta y sigue á la negra, lanzando una esclamacion.*

Inmediatamente de desaparecer el mayoral, aparece Roberto en el foro, se detiene y mira en la direccion que han tomado el Mayoral y Juana. Mucha unidad y rapidez.)

ESCENA VIII.

ALFREDO, ROBERTO Y EL MAYORAL.

ROB. (*Permaneciendo en el foro.*)
(Tiene suerte, faltó el tiro,
si no de esta no se escapa.)
(*Alzando la voz.*) Déjala, Justo. Es un corzo.
No hay quien dé á esa fiera caza;
ya se oculta entre el follaje.
La perdió. (*Descendiendo á la escena.*)

MAY. (*Entrando.*) Inútil buscarla.

ROB. (*Mirando desde el foro y entre el follaje en todas direcciones.*)
É inútil que nos cansemos
en ir tras esos canallas.

MAY. Lo estraño que no haya nadie
en la huerta ni en la casa.
Ya hay gente á quien preguntar.

ROB. Caballero... (*Dirigiéndose á Alfredo.*)

MAY. Una palabra.
¿A visto V. á dos negros
cruzar por esta comarca?

ALF. A nadie ví, (esa voz...) (*Volviéndose hácia ellos.*)

MAY. Si la vista no me engaña...
ALF. ¡¡El mayoral!! (*Con la mayor sorpresa.*)
MAY. ¡¡D. Alfredo!!
ALF. ¡Capitan!
ROB. ¡Oh!
MAY. (Suerte aciaga) (*Momento de pausa.*)
Le creia en Inglaterra.
ALF. Estoy cerca de la Habana
y de salud mejorando,
para pedir cara á cara
satisfaccion á bandidos
que me hirieron por la espalda.
MAY. No los conozco.
ALF. Yo sí.
MAY. Pues la justicia los llama.
ALF. Jamás seré delator;
mas yo haré que esos canallas
alcancen la recompensa
que de su obrar les aguarda.
MAY. Yo de ello me alegraré.
ALF. Tal cinismo no me estraña
en el Judas miserable
que come el pan de mi casa
y á pagar cual ruin se atreve.
MAY. ¡D. Alfredo, basta, basta!
ALF. Al miserable asesino
que en mi pecho el puñal clava.
MAY. ¡D. Alfredo!
ROB. (*Al Mayoral.*) Con su sangre
se borran esas palabras.
ALF. Y tambien sé...
ROB. (¡Ira de Dios!)
ALF. El móvil que le impulsara.
MAY. ¡Voto á brios!
ALF. Su amor á Adela,
la mujer que adora mi alma.
ROB. (*Al Mayoral.*) Perdemos tiempo precioso
que puede hacernos gran falta.
MAY. La razon me turba usted
con el nombre de mi amada.
ALF. ¡De su amada! ¡Vive el cielo!
(*Levantándose apoyado en la muleta.*)
No la manchen sus palabras,
que en la boca de un bandido
lo mas santo se profana.

ROB. Todo eso será verdad;
pero Adela á Justo ama.
ALF. ¡Miserable! ¡Miente, miente!
ROB. ¡Ira de Dios! Tal palabra...
ALF. Esperadme aquí, cobardes.
(Dirigiéndose á la casa.)
ROB. Pronto te mato ó me matas.
MAY. Lo quiere el infierno, sea.
(Dirigiéndose á D. Alfredo y levantando el puñal sobre el mismo.)
PIA. ¡Asesinos! *(Apareciendo en la ventana.—El Mayoral al oir el grito de doña Pia deja caer el puñal.)*
PEDRO. ¡Vil canalla!
(Apareciendo al mismo tiempo con la escopeta en la cara por entre el follaje, apuntando á los dos, que salen con el mayor recelo de la escena.)
PIA. *(Desde la ventana.)* No dispares, Pedro, no,
que Dios en sus vidas manda.
(Deja la ventana y en tanto salen Mayoral y Roberto; Pedro permanece apuntando; intenta Alfredo seguirle, pero Pedro le detiene con la accion; le indica el silencio, y sale siguiendo á los dos, arrastrándose por entre el follaje del foro, por donde desaparece en último término.)

ESCENA IX.

ALFREDO, DOÑA PIA *y luego* JUANA.

PIA. Hijo mio, Alfredo, *(Saliendo de la casa.)*
ALF. Mi revolver, madre.
PIA. No quiero, hijo mio,
que mates á nadie.
¿Y Pedro?
ALF. Sin duda
les mira alejarse.
(Aparece Juana precipitadamente, derecha actor por el foro, y llega por entre el follaje hasta sus amos.)
JUANA. ¡D. Alfredo! *(Con mucha rapidez este diálogo.)*
ALF. Y PIA. ¡Juana!
JUANA. Mi ama, perdonarme.
De la Habana vengo,
no lo sabe nadie,
á contar que anoche,

por Dios no asustarse,
á la niña Adela
la robaron

ALF. ¡¡Madre!!

JUANA. Y se la llevaron
donde no se sabe.

PIA. ¡Qué escucho!

ALF. ¡Dios mio!
Preciso es buscarles.

JUANA. Y aquí muy cercanos
encontré há un instante
capitan y Justo
queriendo cazarme.

ALF. Basta, ya comprendo. (*Desesperado.*)

PIA. ¡Hijo mio! (*Mirando en todas direcciones así como la negra.*)

ALF. ¡Madre! (*Mucho movimiento y precision.*)
Mis armas, mis armas. (*Con furor,*)

JUANA. Un cuchillo dadme.

PIA. ¡Socorro!

JUANA. ¡Socorro! (*Suenan dos tiros.*)

ALF. ¡Adela!

PIA. ¡Ya es tarde!
(*Manifestando el mayor dolor, cayendo hijo y madre uno en brazos de otro, mientras la negra mira al foro con el más grande interés.*)

ESCENA X.

Dichos, PEDRO *y* ADELA.

PEDRO. (*Dentro*) ¡Animo!
Se salvó la niña.
(*Entrando en escena con Adela en los brazos y la escopeta en la mano.*)

ALF. ¡Adela!

ADELA. ¡Alfredo!

PIA. ¡Hijos! (*Abrazándose con grande alegria.*)

ALF. ¿Cómo la salvaste?

PEDRO. Despues lo diré.
Pero á esos cobardes
les quité la presa,

y al querer matarme,
fuí yo mas ligero,
y desde ahora á nadie
le harán mas infamias.
Requiescat in pace.

ALF. Pedro, ya eres libre.

PEDRO. ¡Oh! Pero constante: *(Manifestando el mayor placer.)*
estaré á su lado
dispuesto á matarme,
que los negros tienen
corazon amante
y quieren al blanco
si mal no les hace.

ESCENA XI.

Dichos, D. TOMÁS *y* PEDRO.

(Se escucha gran rumor.)

PIA. Voces se escuchan.

ADELA. ¡Dios mio! *(Con espanto.)*

ALF. Alguna sorpresa.

PIA. Acaso...

PEDRO. Negros son, hácia aquí vienen. *(Mirando derecha foro.)*
Todos á la casa. *(A sus amos.)* ¡Alto!
(Arrodillándose entre el follaje y echándose la escopeta á la cara, apuntando en la direccion del murmullo.)

VOZ *(dentro y contestada por muchas.)*
¡Viva el señor!

PIA. ¡Qué escuché! *(Con alegria.)*

PEDRO. Son los nuestros. *(Dejando su actitud.)*

VOZ *(Junto á la escena y contestada igualmente. Entra don Tomás con el niño de Juana de la mano y seguido de multitud de negros frenéticos de alegría con dos estandartes, leyéndose en el uno* ABAJO LA ESCLAVITUD *y en el otro* VIVA ESPAÑA.
¡Viva el amo!

PIA. ¡Tomás!

TOMÁS. ¡Pia!

ALF. ¡Padre mio!

TOMÁS. Sí, sí, dadme fuerte abrazo.
(Abrazándose los tres.—Juana abraza y besa delirante á su hijo.)
PIA. Cediste á nuestro rogar.
TOMÁS. Libres son, no mas esclavos.
(Señalando á los negros.)
ALF. El corazon os dá el hijo
y el alma os dá el ciudadano
por el digno y noble ejemplo
que sentais con este acto.
Síganlo esos que trafican
con la sangre del hermano,
y un lugar ocupe España
el mas alto entre los altos,
de las mas libres naciones
del mundo civilizado.
JUANA. Gloria á Dios, que al fin se rompen
las cadenas del esclavo,
y lágrimas de ternura
rieguen hoy el pueblo hispano
para que broten las flores
y orlar con ellas podamos
las sienes de los leales
que tanto bien alcanzaron.
ALF. ¡Viva España libre!
PEDRO. ¡Viva!
TODOS. ¡Y los que al negro han salvado!
(Doña Pia tiende sus manos sobre todos, que se arrodillan con religioso fervor, y doña Pia, manteniéndose en pié, pero en suplicante actitud, esclama:)
PIA. Virgen pura, imaculada,
manantial de inmenso amor,
por todo el orbe adorada,
donde el alma desolada
encuentra alivio al dolor.
El corazon has movido
de aquestos pobres humanos,
que al fin se han compadecido
y al esclavo han redimido
del poder de los tiranos.
Con la luz de esos tus ojos
vea el hombre la verdad,
no siembre para otro abrojos,
y rompiendo los cerrojos

dé al negro su libertad.
Al humano corazon
inspiradle en la virtud,
y que no exista nacion
cubierta por el baldon
de la infame esclavitud.

FIN.

Sr. D. Luis Blanc.

QUERIDO AMIGO NUESTRO: despues de la merecida ovacion que ha obtenido Vd. en el teatro de Novedades, con motivo de las representaciones de su bello drama *Romper cadenas*, solo nos cumple, como indivíduos de la *junta directiva de la* SOCIEDAD ABOLICIONISTA ESPAÑOLA, enviar á Vd. el testimonio de nuestra profunda gratitud.

La redencion del esclavo habia sido ya cantada en 1866 por una mujer ilustre, gloria de las letras españolas; á causa tan sagrada habian dedicado su elocuente voz muchos de nuestros insignes oradores, al lado de los humildes represantes de la *Sociedad* emancipadora. A Vd. cabe la gloria de haber llevado la santa idea á la escena, consiguiendo no solo un triunfo para su propio talento, si que entusiastas aplausos y nuevas muestras de arrebatadora simpatía para el infeliz negro, víctima de la más infame de las explotaciones.

Dígnese Vd. aceptar esta sincera manifestacion de nuestros sentimientos, asegurándole que siempre le habremos de contar como uno de nuestros más decididos y más necesarios amigos.

Suyos afectísimos S. S. Q. B. S. M. — Fernando de Castro.—Gabriel Rodriguez.—Rafael M. de Labra.—Eduardo Chao.—Francisco Diaz Quintero.—Manuel Regidor.—Julio Vizcarrondo.—José F. Cintron.—M. Padilla.—Ricardo Lopez Vazquez.

Madrid, 27 de Enero de 1873.

Además de esta notable y honrosa carta, el señor Blanc recibe continuadas felicitaciones por su obra, y alcanza un nuevo triunfo en todas las representaciones de este drama, que ascienden ya á diez y siete al entrar en máquina el libreto.

El autor agradece sinceramente á la *Sociedad Abolicionista Española* y al público, tan señaladas muestras de simpatía hácia su humilde produccion.

NOTAS DEL AUTOR.

El coro del primer acto puede suprimirse en los teatros donde no sea posible cantarle. Asímismo puede sustituirse el *brindis* del segundo acto por el ruido de las copas y algazara dentro.

El tercer acto se ha representado en Madrid comenzándole con un baile de negros que ha producido un gran efecto, y á cuyo baile figura acompañar Pedro con la huesera ó guitarra; pero donde no sea posible el baile, se sustituye este con las canciones que canta Pedro al compás del instrumento.

Y por último, si no fuese posible ni el baile ni el canto, pueden suprimirse tambien, y al levantarse el telon aparece Pedro dejando la huesera ó guitarra, y comienza con estos versos:

Ya el ama y el niño vienen,
sigamos con la limpieza.

En donde se ejecute el baile, al terminar este, cuando se marchan todos los negros, quedando solo Pedro, que comienza la escena con los versos siguientes:

Han bailado, y tan contentos
se marchan á sus faenas;
ya el ama y el niño vienen, etc.

El papel del negro Pedro es sério, y solo se manifiesta frívolo y alegre en la escena de los borrachos del tercer acto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro.	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	Francisco Espejo.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	Casimiro Fernandez.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, viuda de Bartumeus y Cerdá.
Béjar.	J. Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias
Cabra.	R. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Comp.ª
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	Francisco Vico.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. García Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana
Ecija.	J. Giuli.
Escorial.	S. Herrero Castaño.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y viuda é hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Graus.	Tomás Perales.
Habana.	M. Lopez y compañía.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	J. Ruano.
Jaca.	Miguel Berbiela.
Las Palmas (Canarias.)	J. Urquía.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Lisboa.	Miguel Mora.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela de Moya.
Manila (Filipinas.)	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado
Monlilla.	D. Santolalla.
Murcia.	A. Arques.
Monzon.	Manuel de Castro
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alv
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierre
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y c
Priego (Córdoba)	J. de la Cámara.
Puerto de Santa María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico.	J. Mestre, de *Maya*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Bautista Vidal
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	J. José Moreti.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja.)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
San Lorenzo (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. nandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Com
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina	A. Sanchez de C
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la
Ubeda.	F. Perez.
Valencia.	I. García, F. Nava J. Mariana y S
Valladolid.	D. Jover y H. Rod
Vich.	Soler, hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Di
Villanueva y Geltrú.	L. Creus
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Barona.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	Viuda de Heredi

MADRID.

Librerías de la Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas; de A. rán, Carrera de San Gerónimo.